

El sol de verano se manifiesta con mucha intensidad en Río Negro. Durante los años de mi infancia recuerdo que era muy común que la gente se dirigiera al río en el horario de la siesta. Algunos domingos fui con mi familia buscando refrescarnos y ubicarnos bajo un sauce que nos brindara sombra para pasar la tarde. A mí me gustaba observar cómo la luz se reflejaba en el agua y se filtraba entre las hojas de los árboles que se movían suavemente. Cuando se iba acercando el final del día, el sol y sus proyecciones perdían visibilidad. Poco a poco se revelaba una geografía hecha de imágenes en las que transcurre un tiempo que no puede ser repetido.

Cuando vivía en 21 y 61 amaba el sol entrando por el balcón. En 70 y 24 me enojaba con el patio diminuto encerrado entre paredes, pero la gata le sacaba jugo al techito del lavadero, remoloneando largas horas sobre la chapa caliente. En 67 espero ansiosa el sol rasante del invierno, que entra por la ventana del frente y se cuele entre las ramas peladas. En la ciudad nos convertimos en cazadorxs de sol. Somos especialistas en captar lo que se filtra por hendiduras, ventanas, ventanucos, banderolas, tragaluces, cerraduras, entre muros, a través del follaje... La ciencia de la arquitectura consiste justamente en diseñar dispositivos de administración de luz.

Soy pecosa. Me lo digo a mí misma, para recordarlo. A veces es preciso poner de relieve los privilegios que se imprimen sobre la piel. La piel es sensible al sol y a la historia.

En la casa donde crecí tenía mi escritorio al lado de la ventana. Siempre me pareció imprudente dejar los libros al sol, incluso los apuntes. Cuidaba de esos materiales como lo máspreciado. La luz del sol destiñe la tinta y reseca el papel. En 2013 la mayor parte de mis libros y cuadernos todavía estaba en la casa de mis padres. La inundación arruinó muchos de ellos; en ese momento supe que el agua puede ser más destructiva: corre la tinta volviendo ilegible la escritura y transforma el papel en una pasta informe que, cuando tiene mucha cola, se vuelve difícil de recuperar.

Hace unos años Carla, una amiga dedicada a la fotografía, me contó que estaba realizando solarigrafías. Sentí curiosidad e insistí para que me contara un poco más, ya que desconocía la técnica. Me dijo en qué consistía y quedamos en que iba a realizar una prueba en mi casa. Al tiempo volvió a visitarme con una lata pintada de color negro y con papel fotosensible en su interior, la ubicó arriba de la puerta de entrada del patio y apuntó directo al sol. Por último, la pegó con cinta, mucha cinta, porque debía permanecer varios meses para registrar, nada más ni nada menos, que el movimiento del sol. ¡Todavía me sigue encantando la idea!

El contacto de la luz solar con una superficie particular es capaz de producir una huella única. Lo que hasta ese momento percibía como difícil de registrar podía ser capturado en sus diferentes recorridos y múltiples temporalidades.

Marina Panfili
Zaira Allaltuni

Este texto fue presentado en Galería Cariño (La Plata, Bs. As) en el marco de la tesis de grado “Tapar el sol con la mano” de Magdalena Milomes.